

**JUSSI ADLER-OLSEN**

# El efecto Marcus

*Traducción:*

JUAN MARI MENDIZABAL



**MAEVA**

# Prólogo

*Otoño de 2008*

La última mañana de la vida de Louis Fon fue dulce como un susurro.

Se levantó del camastro con los ojos cargados de sueño y con la mente embotada, dio unas palmadas a la pequeña que le había acariciado la mejilla, le quitó los mocos de la punta de la nariz morena y después metió los pies en las chancletas sobre el suelo embarrado.

Se enderezó, entornó los ojos y miró la estancia bañada por el sol, entre el cacareo de gallinas y los gritos lejanos de los chicos que cortaban racimos de plátanos de los árboles.

Qué apacible, pensó, inhalando el olor a especias del poblado. Solo los cánticos de los pigmeos baka en torno a la fogata, al otro lado del río, lo deleitaban más que aquel olor. Como siempre, era agradable volver al territorio Dja y al remoto poblado bantú de Somolomo.

Tras la choza, los niños se revolcaban por el suelo, haciendo que el polvo de tierra roja se arremolinara, y sus voces estridentes provocaban que bandadas de pájaros tejedores alzaran el vuelo de las copas de los árboles.

Se levantó hacia la ventana iluminada, apoyó los codos en el alféizar y sonrió a la madre de la niña, que estaba junto a la choza de enfrente, cortando la cabeza a una gallina para la cena.

Después de aquel momento, Louis ya no volvió a sonreír.

A unos doscientos metros aparecieron el hombre nervudo y su guía por la pista junto al platanar, augurando desgracias desde el primer momento. La figura musculosa de Mbomo la conocía

de Yaoundé, pero nunca había visto al hombre blanco de pelo clarísimo.

—¿Por qué ha venido Mbomo? ¿Y quién lo acompaña? —gritó a la madre de la niña.

Esta alzó los hombros. En el lindero de la selva no era extraño ver a turistas, así que ¿por qué había de preocuparse? Habría pasado cuatro o cinco días con los bakas en el enorme caos de la jungla de Dja; esa solía ser la razón, ¿no? Al menos, si se trataba de un europeo con la cartera llena.

Pero Louis presentía algo más, lo notaba por la seriedad y la confianza que había entre los dos hombres. No, pasaba algo extraño. El blanco no era turista, y Mbomo no aparecía en aquel distrito sin haber informado antes a Louis. Al fin y al cabo él era el jefe del proyecto danés de ayuda al desarrollo, y Mbomo no era más que el chico de los recados de los funcionarios de Yaoundé. Así era el juego.

¿Estarían tramando algo los que venían por la pista, algo que no querían decirle? No era difícil imaginarlo. Estaban pasando demasiadas cosas extrañas con aquel proyecto. Los trámites iban a paso de tortuga, el flujo de información casi se había estancado, los pagos se retrasaban cada vez más, o dejaban de llegar. No era eso lo que le habían prometido cuando lo contrataron.

Louis sacudió la cabeza. Era bantú y procedía del extremo opuesto de Camerún, a cientos de kilómetros al noroeste del poblado en que se encontraba ahora, en la frontera con el Congo. En su región la desconfianza hacia todo y todos venía con la leche materna, y era tal vez la razón más importante de que Louis consagrara su vida a trabajar para los plácidos bakas, los pigmeos de la jungla de Dja. Eran personas cuyo profundo rastro se remontaba hasta los tiempos en que brotó la jungla. Personas para quienes las palabras feas como *desconfianza* ni siquiera existían.

Para Louis, aquellas criaturas encantadoras eran auténticos oasis de buenos sentimientos hacia la humanidad en aquel mundo maldito. Desde luego, el vínculo con los bakas y aquella comarca era el elixir vital y el consuelo de Louis, y sin embargo ahora surgía aquella insidiosa sospecha de maldad.

¿Podría liberarse de ella alguna vez?

Encontró el todoterreno de Mbomo aparcado tras la tercera hilera de chozas, con el chofer, vestido con una camiseta de fútbol sudada, profundamente dormido al volante.

—¿Me busca Mbomo, Silou? —preguntó al negro macizo, que se desperezó, tratando de averiguar dónde diablos estaba.

El chofer sacudió la cabeza. Por lo visto, no tenía ni idea de qué hablaba Louis.

—¿Quién es el blanco que está con Mbomo? ¿Lo conoces? —siguió preguntando.

El hombre bostezó.

—¿Es francés?

—No —respondió el chofer, encogiéndose de hombros—. Sí que habla algo de francés, pero creo que es de más al norte.

—Ya veo.

Sintió inquietud en el estómago.

—¿Podría ser danés?

El chofer dirigió el dedo índice hacia él.

Bingo.

Así que era eso. A Louis no le gustó nada.

Cuando Louis no estaba luchando por el futuro de los pigmeos, lo hacía en favor de los animales del bosque. En cada poblado en torno a la jungla de los pigmeos pululaban jóvenes bantús armados, y todos los días decenas de mandriles y antílopes constituían el botín de los cazadores furtivos.

Pero aunque las relaciones entre Louis y los cazadores furtivos eran algo tensas, no tenía inconveniente en aceptar un viaje a través de la jungla en el asiento trasero de una de las motos de aquellos cabrones. Tres kilómetros por pistas estrechas hasta la aldea de los baka en solo seis minutos; ¿quién podía negarse, cuando el tiempo apremiaba?

En cuanto aparecieron las chozas de adobe, Louis supo lo que había ocurrido, porque solo salieron a recibirlo los niños más pequeños y unos perros ladrando de hambre.

Encontró al jefe del poblado tumbado en un lecho de hojas de palma, apestando a alcohol. En torno a un semiinconsciente Mulungo, bolsas de whisky vacías iguales que las que te ofrecían al otro lado del río. No había duda de que la bacanal había durado toda la noche y, a juzgar por el silencio, tampoco había duda de que casi todos los habitantes de la aldea habían participado en ella.

Miró en el interior de las atiborradas chozas de palma y solo encontró a unos pocos adultos que estuvieran en condiciones de devolverle, aturdidos, el saludo con la cabeza.

Así es como se consigue que los indígenas se sometan y se callen, pensó. Bastaba darles alcohol y drogas para tenerlos controlados.

Exactamente así.

Luego regresó a la choza, que apestaba a mohó, y dio un buen golpe al jefe en el costado; el cuerpo nervudo de Mulungo se sobresaltó, y la sonrisa de disculpa desveló unos dientes puntiagudos. Pero Louis no iba a calmarse así como así.

Señaló las bolsas de whisky vacías.

—¿Por qué os han dado dinero, Mulungo? —preguntó.

El jefe de los bakas alzó la cabeza y se encogió de hombros. La expresión «por qué» no se empleaba mucho allí, en la jungla.

—Os lo ha dado Mbomo, ¿verdad? ¿Cuánto os ha dado?

—¡Diez mil francos! —fue la respuesta. Porque a los bakas les encantaban las cifras exactas, sobre todo cuando eran tan exorbitantes.

Louis asintió en silencio. ¿Por qué hacía eso el jodido de Mbomo?

—Diez mil, vale —convino—. ¿Y cada cuánto tiempo os paga Mbomo?

Mulungo volvió a encogerse de hombros. La noción del tiempo tampoco era el fuerte de los bakas.

—Veo que no habéis plantado los nuevos cultivos, como debíais. ¿Por qué?

—El dinero no ha llegado, Louis, ya lo sabes.

—¿Que no ha llegado, Mulungo? He visto con mis propios ojos el comprobante de la transferencia. Lo enviaron hace más de un mes.

¿Qué había pasado? Era ya la tercera vez que los comprobantes no coincidían con la realidad.

Louis levantó la cabeza. Tras el canto estridente de las cigarras se distinguían sonidos extraños. Por lo que oía, debía de ser una moto pequeña.

Apostaría a que Mbomo estaba ya de camino. Tal vez viniera a explicar la situación como es debido; eso esperaba.

Miró alrededor, en todas direcciones. Sí, allí pasaba algo sumamente raro, incluso muy raro; pero todo se arreglaría. Porque aunque Mbomo le sacaba una cabeza a Louis y tenía los brazos de un gorila, este no lo temía.

Como los bakas no podían responder las preguntas de Louis, tendría que hacerlo el fortachón: ¿por qué había ido? ¿Dónde estaba el dinero? ¿Por qué no habían plantado los cultivos? Y ¿quién era el hombre blanco que acompañaba a Mbomo?

Eso era lo que quería saber.

Así que se plantó en medio de la plaza a esperar, mientras la nube de polvo que se alzaba por encima de la humeante espesura se acercaba poco a poco a las chozas.

Louis quería dirigirse a Mbomo antes de que se apeara de la moto, extender los brazos hacia él y enfrentarlo a la acusación. Iba a amenazarlo con la hoguera y con desenmascararlo. Decirle sin tapujos que si había desviado los fondos que correspondían a los bakas para asegurar que pudieran seguir viviendo en la jungla, lo único que iba a conseguir era una buena temporada a la sombra en la cárcel de Kondengui.

El mero nombre debería dar miedo a cualquiera.

Luego el estruendo de la moto tapó el canto de las cigarras.

En cuanto la Kawasaki salió de los matorrales y entró en la plaza tocando la bocina sin parar, Louis observó la pesada caja del portaequipajes, y también que a los pocos segundos las chozas de alrededor cobraban vida. Rostros somnolientos se asomaban a las puertas, y los hombres más ágiles salían como si el

leve chapoteo de la caja de la moto fuera el anuncio divino de la llegada del diluvio universal.

Mbomo fue entregando bolsas de whisky entre las numerosas manos extendidas, y luego se quedó mirando a Louis con aire amenazador.

Louis supo en aquel momento en qué situación se encontraba. El machete colgado a la espalda de Mbomo lo decía todo. Si no se iba de allí, iba a usarlo contra él. No podía contar con ninguna ayuda de los pigmeos dado el estado en que se encontraban.

—¡Y todavía hay más! —gritó Mbomo, echando al suelo el resto de bolsas de whisky, a la vez que giraba el cuerpo hacia Louis.

Mientras Louis, por instinto, echaba a correr, oyó por detrás los gritos regocijados de los bakas. Como me agarre Mbomo, se acabó, pensó, mientras buscaba con la mirada aberturas en la espesura verde o algún apero que hubieran dejado los bakas. Cualquier cosa que pudiera usar contra aquel maromo.

Louis era ágil, mucho más elástico que Mbomo, que había pasado toda la vida en Douala y Yaoundé, y no había aprendido a tener cuidado con el entramado de raíces del suelo del bosque y con los agujeros y baches traidores. Por eso se sintió en terreno seguro cuando las pesadas zancadas que lo seguían se fueron amortiguando y los senderos laterales que bajaban hacia el río se abrieron en ramificaciones interminables.

Se trataba de llegar a uno de los troncos ahuecados antes que Mbomo. Si conseguía pasar primero el río, estaría seguro. Los habitantes de Somolomo lo protegerían.

Un olor acre y húmedo flotaba entre la maleza marrón verdosa como una brisa, y un guía experimentado como Louis sabía lo que eso significaba. Solo faltan cien metros para llegar al río, pensó, pero al segundo siguiente se hundió hasta la rodilla en un cenagal.

Estuvo un momento agitando los brazos en el aire. Si no se agarraba a la vegetación, el barro se lo tragaría en un santiamén. Y si tardaba en salir de allí, llegaría Mbomo. Sus pesados pasos sonaban ya demasiado cerca.

Llenó de aire los pulmones, apretó los labios y estiró el torso tanto que le crujió la espalda. Arrancó varias ramitas, y sus hojas cayeron sobre sus ojos abiertos como platos. Solo tardó quince segundos en agarrarse bien, tirar y liberarse, pero fue demasiado tarde. Se oyó un ruido sibilante en la espesura; el machetazo vino desde atrás y golpeó un omoplato de Louis. Muy rápido, abrasador.

Louis, por instinto, se concentró en no caerse. Por eso pudo salir del fango, mientras las maldiciones de Mbomo se elevaban por encima de las copas de los árboles.

También él estaba atrapado en el cenagal.

Hasta llegar al río, Louis no se dio cuenta de la gravedad de la herida, ni de que tenía la camisa pegada a la espalda.

Se desplomó junto a la orilla, exhausto. En aquel instante, Louis Fon supo que iba a morir.

Y mientras su cuerpo caía hacia delante y la fina gravilla de la ribera del río se fundía con su cabello, sacó como pudo el móvil del bolsillo y apretó el icono que decía «mensajes».

Cada golpe de tecla iba seguido de un latido febril que bombeaba al exterior la sangre de su cuerpo, y cuando terminó de escribir y pulsó «enviar», vio entre brumas que no había cobertura.

Lo último que percibió Louis Fon fue el movimiento de pesados pasos acercándose. Y luego, que le quitaban con suavidad el móvil de la mano.

**M**bomo Ziem estaba satisfecho. El traqueteo del todoterreno sobre la pista de gravilla rojo oscuro llena de socavones que atravesaba la jungla hasta el cruce con la carretera principal hacia Yaoundé terminaría pronto, y gracias a Dios el hombre que lo acompañaba había evitado comentar los sucesos. Todo iba como debía ser. El cadáver de Louis Fon lo había empujado hasta el río; la corriente y los cocodrilos se encargaban del resto.

En resumidas cuentas, el curso de los acontecimientos era satisfactorio. La única persona que representaba una amenaza



para lo que se traían entre manos estaba eliminada, y el futuro brillaba una vez más esperanzador en la lejanía.

Misión cumplida, como solía decirse.

Mbomo miró el teléfono móvil que había arrebatado a un Louis moribundo. Unos pocos francos para una nueva tarjeta SIM, que no podía costar mucho, y ya tenía regalo de cumpleaños para su hijo.

Y mientras imaginaba, satisfecho, el rostro de su hijo cuando se lo regalara, se encendió la pantalla del móvil para comunicar que volvía a haber cobertura.

A los pocos segundos, un discreto pitido comunicó que se había enviado un sms.

# 1

## *Otoño de 2008*

René E. Eriksen nunca había sido un hombre cuidadoso. Tal vez por eso su vida estaba llena tanto de victorias como de derrotas, en una cadena de imprevisiones, aunque, observando la vida en su totalidad, podía estar satisfecho por el resultado final. Cosa que atribuía en parte a algún tipo de suerte innata.

Pero, pese a ello, René era un hombre reflexivo que, ante las grandes preguntas y confrontaciones de la infancia, a menudo buscó cobijo entre las faldas de su madre, lo que en su vida adulta condujo, claro está, a que cuando se metía de cabeza en algo nuevo siempre trataba de asegurarse salidas más o menos aceptables.

Por eso lo pensó bien cuando su buen amigo y compañero de escuela Teis Snap, director del Karrebæk Bank, lo llamó aquella tarde a su despacho del ministerio para hacerle una propuesta que un alto funcionario como René habría considerado en condiciones normales sumamente inapropiada.

Ocurrió en los días previos a que la crisis financiera mostrara su feo semblante. Días en que el resultado de los actos de codiciosos especuladores de bolsa y la irresponsable política económica del Gobierno quedaron a la vista de cualquiera que se dedicara a prestar dinero.

Por eso lo llamaba Teis Snap.

—Me temo que nuestro banco se va a la quiebra dentro de dos meses, a no ser que consigamos más capital —le dijo aquella vez.

—¿Y qué pasa con mis acciones? —se le escapó a René mientras, con palpitaciones y la frente ceñuda, pensaba en la vida de jubilado de primera clase bajo las palmeras del sur que le

habían prometido, y que ahora se tambaleaba como un castillo de naipes.

—¿Que qué pasa? Pues que si no hacemos rápido algo drástico, vamos a perder cuanto poseemos. Así es, por desgracia —respondió Teis Snap.

La pausa que siguió fue una pausa entre amigos. El tipo de pausa que no dejaba posibilidad para la protesta o para planteamientos abstractos.

René dejó caer la cabeza un momento, y aspiró tan hondo que le hizo daño. De modo que así estaban las cosas, y sobre esa base había que pensar y actuar. Bien es verdad que tuvo un retortijón de tripas y sudores fríos en la frente, pero, como jefe de negociado de la Oficina Evaluadora de Ayuda al Desarrollo, estaba acostumbrado a tener que pensar con claridad en situaciones de mucha presión.

Soltó el aire.

—¿Más capital, dices? ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—De doscientos a doscientos cincuenta millones de coronas en cuatro o cinco años.

El sudor volvió a colarse por el cuello de la camisa de René.

—¡Ostras, Teis! ¡Eso son cincuenta millones al año!

—Sí, ya lo sé, es lamentable. Hemos hecho todo lo posible para diseñar planes de urgencia, pero nuestros clientes no son lo bastante estables. Los dos últimos años nos hemos lanzado a conceder créditos sin las suficientes garantías; lo sabemos ahora, cuando parece que el mercado inmobiliario se desploma.

—Joder, tío, entonces hay que actuar rápido. ¿No podemos retirar nuestras acciones?

—René, me temo que ya es demasiado tarde. Las cotizaciones se han desplomado esta mañana, y de momento se ha decretado la suspensión de operaciones.

—Vaya.

René oyó la frialdad de su propia voz.

—¿Y qué quieres que haga yo? Porque no has llamado con el único objetivo de contarme que has despilfarrado mi fortuna, ¿verdad? Te conozco, Teis. ¿Cuánto has conseguido salvar tú?

La voz de su viejo amigo sonó ofendida, pero clara.

—Nada, René, nada en absoluto, te lo prometo. Se han interpuesto los auditores. No todos los auditores aportan soluciones creativas cuando se presenta una situación de peligro como esta. No, te llamo porque creo que he encontrado una solución que puede ser también lucrativa para ti, amigo.

Así fue como empezó la estafa. Llevaban ya varios meses con ella, y todo había ido muy bien hasta hacía un minuto, cuando su colega más experimentado de la oficina, William Stark, se plantó de pronto ante él con una nota de papel.

—Vale, Stark —convino René—. Dices que has recibido un sms incomprensible de Louis Fon y que después has tratado de ponerte en contacto con él en vano. Pero sabes tan bien como yo que Camerún está bastante lejos, y las comunicaciones no suelen ser muy buenas, así que supongo que el problema se deberá a eso.

Por desgracia, Stark no parecía estar de acuerdo, y en aquel segundo retumbó una posible advertencia de un futuro caos en la vida de René.

El primer secretario Stark apretó sus por lo demás casi invisibles labios hasta que formaron una línea.

—Ya, pero ¿cómo podemos saberlo?

Miró pensativo al suelo hasta que el largo flequillo pelirrojo le cubrió los ojos.

—Lo único que sé es que me llegó este mensaje el otro día, justo cuando tú volabas de vuelta de Camerún. Y desde entonces nadie ha visto a Louis Fon. Nadie.

—Mmm, pero ¿no crees que debe de estar todavía en la zona de Dja, donde las comunicaciones son casi nulas?

René alargó el cuello sobre el escritorio.

—A ver, enséñame el mensaje, Stark.

René trató de que no le temblara la mano cuando Stark le tendió el papel.

Leyó el mensaje.

«Cfqqughthondae(s+l)la(i+l)ddddddvdlogdmdntdja», ponía.

René se secó la humedad traicionera de la frente con el dorso de la mano. Menos mal que lo que ponía era un galimatías.

—Pues sí, tiene una pinta muy rara, Stark, tienes razón. Pero ¿debemos darle importancia? El móvil probablemente estaba en los pantalones de Louis y se ha debido de volver loco —aventuró, dejando el papel sobre el escritorio—. Haré que lo investiguen, pero puedo decirte que Mbomo Ziem y yo estuvimos con Louis Fon en Somolomo justo el día que fuimos a Yaoundé, y todo parecía normal. Creo que estaba haciendo la mochila para su próxima expedición. Con unos alemanes, algo así.

William Stark le dirigió una mirada sombría y sacudió la cabeza.

—Dices que no debo darle importancia, pero vuelve a mirar el papel. ¿Crees que es una casualidad que el sms termine con la palabra *Dja*? ¿Crees de verdad que ha sucedido por unas presiones involuntarias en el bolsillo? Yo, no. Yo creo que Louis Fon quería decirme algo, y que puede haberle ocurrido algo grave.

René apretó los labios. En todos los trabajos del ministerio se trataba de no parecer que se rechazaban incluso las ideas más descabelladas, era lo que le dictaba la experiencia. Por eso respondió:

—No, si raro sí que es, desde luego.

Alargó la mano hacia su Sony Ericsson, que estaba en el alféizar interior de la ventana, tras él.

—Dices que pone «Dja».

Miró el teclado de su móvil e hizo un gesto afirmativo.

—Bueno, sí, podría ocurrir por accidente. ¡Mira! La de, la jota y la a son las primeras letras de sus teclas. Aprietas una vez en las teclas 3, 5 y 2 y escribes «Dja», y eso sí que puede ocurrir en el bolsillo, aunque parezca difícil de creer. De manera que sí, por supuesto que es extraño, pero creo que es mejor esperar un par de días para ver si entretanto aparece Louis. Mientras, me pondré en contacto con Mbomo.

Siguió con la mirada a William Stark hasta que cerró la puerta del despacho y volvió a secarse la frente. Así que era el móvil de Louis Fon el que Mbomo llevaba en la mano en el viaje de vuelta a la capital.

¡Valiente gilipollas!

Cerró los puños y sacudió la cabeza. Una cosa era que Mbomo fuera tan infantil como para robárselo al cadáver de Louis Fon, y otra que no lo reconociera cuando René le preguntó por el móvil que manoseaba. ¿Y por qué cojones no se había preocupado el imbécil de Mbomo de ver si había mensajes sin enviar? Si se lo había quitado al cadáver, ¿por qué diablos no había sacado la batería o anulado su memoria? Al fin y al cabo, ¿quién era tan estúpido como para robarle el móvil al hombre que acaba de matar?

Sacudió la cabeza. Mbomo era un imbécil, pero en aquel momento el problema no era él, sino William Stark, y lo había sido siempre, a decir verdad. ¿No fue acaso lo que dijo desde el principio, tanto a Teis Snap como a sí mismo?

¡Menuda mierda! Nadie controlaba tan bien como William Stark los convenios y presupuestos del departamento, y nadie era tan celoso como él a la hora de evaluar los proyectos del ministerio. Así que, si había alguien que pudiera desenmascararlos por robar fondos de la ayuda al desarrollo para enriquecerse, ese era William Stark.

René aspiró hondo y reflexionó sobre su próximo paso. No podía decirse que las posibilidades fueran muchas.

«Si alguna vez llegaras a tener problemas por esa cuestión, llámanos enseguida», le había dicho Teis Snap.

Era lo que se proponía hacer.

## 2

*Otoño de 2008*

De hecho, el primer secretario William Stark no tenía a muchas personas a las que dirigirse en busca de consejo en relación con el tema.

En el universo gris del funcionariado no era más que el encargado de una pequeña isla, y no había muchos que desearan poner rumbo a ella. Si no podía dirigirse al jefe de negociado, solo le quedaba el subsecretario, pero ¿quién se dirigía a su subsecretario con una sospecha así, y de esas dimensiones, sin tener pruebas palpables? Desde luego, él no.

Porque si eras un superior en el aparato burocrático, y además eras de los amables, llamabas *whistle-blower*, vigilante, al subordinado que por propia iniciativa gritaba «centinela, ¡alerta!» ante una sospecha de abuso de funciones o irregularidades administrativas. Sonaba bien, digno de alabanza, casi como un toque de trompeta justo antes de una emboscada; pero, si presionabas un poco a la gente de la Administración, te consideraban un chivato, y a esos les solían ir mal las cosas, ya se habían visto lamentables ejemplos de ello en los últimos tiempos. La historia no tan antigua de un empleado del Servicio de Inteligencia Militar al que metieron en la cárcel por haber señalado que el primer ministro ocultó a la ciudadanía información vital y que, basándose en eso, llevó a Dinamarca a la guerra de Irak, no daba lo que se dice ganas de hablar con franqueza.

Además, William no estaba seguro del todo, al fin y al cabo no se trataba más que de una sensación, aunque llevaba tiempo latente.

Después de informar al jefe de negociado René E. Eriksen sobre el mensaje de Louis Fon, llamó por lo menos a diez personas de Camerún que sabía que estaban en contacto con el fiel activista bantú; a todas ellas les extrañaba que aquella alma inquieta llevara varios días callado.

Aquella mañana, William logró por fin comunicar con la casa de Fon, en Sarki Mata, y hablar con su esposa, a quien Louis informaba siempre de dónde estaba y durante cuánto tiempo.

Era evidente que su esposa estaba inquieta. Parecía que iba a echarse a llorar, segura de que los cazadores furtivos habían hecho a su marido algo que ni se atrevía a pensar. La jungla era enorme y estaba llena de secretos, Louis se lo había dicho mil veces. Allí pasaban cosas, como decía la mujer. También William lo sabía.

Por supuesto que podía haber muchos motivos para que Fon no diera señales de vida. A decir verdad, en Camerún había muchas tentaciones, y ¿quién sabía lo que podía ocurrírsele a un hombre de buen ver y en la flor de la vida? Las chicas de aquella parte de África no eran precisamente famosas por su pudor o por su falta de iniciativa, así que la posibilidad de que Fon estuviera follando como un conejo en alguna choza de paja, dejando que el mundo siguiera su curso demencial, estaba presente, claro. William estuvo a punto de sonreír al imaginarlo.

Pero después pensó en lo que había ocurrido antes de surgir aquel problema; en cómo había transcurrido la secuencia de hechos y la primera fase del proyecto Baka. Era de por sí extraño que de pronto en el ministerio hubiera que tramitar a toda velocidad una partida de cincuenta millones de coronas para asegurar la supervivencia de los pigmeos de un páramo remoto como la jungla de Dja. ¿Por qué había que atender precisamente a aquella tribu y no a otras? ¿Y por qué tanto dinero?

Sí, aquello le extrañó a William desde el principio.

Doscientos cincuenta millones de coronas en cinco años no era, por supuesto, algo que llamara la atención dentro del presupuesto anual de ayuda exterior de quince mil millones, pero



¿cuándo se había apoyado un proyecto tan modesto con tanto dinero? Si se hubiera destinado a los pigmeos de toda la jungla del Congo, la segunda jungla del mundo, lo habría entendido, pero no era el caso.

Y cuando se aprobó la partida, hasta un imbécil tuerto de la Administración se habría dado cuenta de que se desviaba de los trámites normales en varias cuestiones fundamentales, y ante aquello su instinto se activó. En el fondo, la ayuda exterior en aquel caso se limitaba a transferir dinero a los funcionarios de Yaoundé, y la gente de allí se encargaría del resto. Y eso en un país que figuraba como el más corrupto del mundo.

A William Stark, funcionario por la gracia de Dios, pero también funcionario con sus propios traspiés en el pasado, aquello no le gustaba, y por eso, a la vista de los sucesos de los últimos días, veía con otros ojos el papel de su jefe en los acontecimientos.

¿Cuándo había mostrado René E. Eriksen un compromiso personal tan grande? ¿Cuál fue la última vez que viajó para inspeccionar in situ el lanzamiento de un proyecto? Hacía mucho tiempo.

Claro que aquello podía ser una garantía de que todo lo relativo al proyecto iba bien y estaba controlado, pero también podía significar lo contrario, no lo quisiera Dios. Porque sabía que entonces podrían investigar tal vez los últimos años del trabajo de la oficina, y aquello sí que no podía ser.

—Vaya, ¿meditando, Stark? —oyó una voz a sus espaldas.

Hacía meses que no oía aquella voz en su despacho, y William, asombrado, dirigió su mirada hacia la desagradable sonrisa de su superior. En aquel momento, su rostro era una mueca artificial bajo el pelo clarísimo.

—Acabo de hablar con nuestros contactos de Yaoundé, y piensan como tú —le informó René Eriksen—. Pasa algo raro, dicen, así que debes de tener razón. Dicen que puede que Louis Fon se haya largado con parte de los fondos, y ahora quieren que alguien del ministerio vaya allí a verificar todas las asignaciones del proyecto desde que se puso en marcha. Pensarán que

de ese modo podrán al menos librarse de acusaciones de irregularidades, si es que las encuentras.

—¿Yo?

—¿Había pensado Eriksen enviarlo a él? William estaba confuso. Era algo inesperado, y no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Cuánto creen que se ha llevado? —continuó.

Eriksen sacudió la cabeza.

—En este momento nadie lo sabe, pero Fon dispone de unos dos millones de euros para gastos. Igual está haciendo compras y es del todo legal. Puede que se haya dado cuenta de que las semillas y plantas son más baratas o de mejor calidad en un sitio diferente al que suele comprarlas. Pero de todas formas hay que hacer un seguimiento del caso, para eso estamos.

—Bueno...

William asintió con la cabeza.

—Pero me temo que no voy a poder aceptar la misión.

La sonrisa de Eriksen se desvaneció al oírlo.

—Vaya. Y ¿por qué razón, si puede saberse?

—Es que la hija de mi novia está ingresada en el hospital.

—Vaya, ¿otra vez? ¿Y...?

—Bueno, les ofrezco todo el apoyo que puedo. Viven en mi casa.

Eriksen hizo un gesto afirmativo.

—Está bien que pienses tanto en ellas, Stark, pero solo hablamos de dos o tres días, así que seguro que encuentras una solución. Ya hemos reservado a tu nombre un vuelo a Bruselas, y otro de allí hacia el sur. Al fin y al cabo, es parte de tu trabajo. Volarás a Douala, porque no había plaza libre para Yaoundé. Mbomo irá a buscarte al aeropuerto, y de allí iréis a la capital por carretera, no se tarda más que un par de horas.

William se imaginó a su hijastra en la cama del hospital. No le gustaba nada aquel asunto.

—¿Tengo que ir yo porque fui yo quien recibió el sms de Louis Fon? —preguntó.

—No, Stark. Tienes que ir tú porque eres nuestro mejor hombre.

Se decía de Mbomo Ziem que era un hombre resuelto, y lo demostró en el exterior del Aeropuerto Internacional de Douala, cuando seis o siete hombres demasiado agresivos agarraron la maleta de William, gritando que era su justo botín.

—¡Venga, venga, el taxi aguarda!—gritaban, tirando cada cual de un extremo del equipaje.

Pero Mbomo alejó a empujones a los mozos de cuerda y, con una mirada brutal, mostró que no tenía miedo de enzarzarse en una pelea con todos para ahorrar a su jefe un par de miles de francos locales.

Aquel Mbomo era un gigante. William ya había visto fotos de él, pero en todas estaba junto a los pequeños baka, que hacían que cualquier adulto no pigmeo pareciera un gigante. No obstante, la realidad era que no solo los pigmeos parecían pequeños junto a Mbomo, que destacaba como un peñasco en el paisaje humano. Por eso resultaba natural combinar la palabra *seguridad* con su persona en aquel escenario desquiciado de hombres que echaban espumarajos luchando por llevar la maleta y ganarse así la posibilidad de una pequeña comida.

—Se alojará en el Aurelia Palace —le dijo Mbomo cuando el taxi dejó atrás al grupo de maleteros y a un par de hombres vociferando sus baratijas a la carrera—. Tiene la reunión en el ministerio mañana por la mañana temprano. Vendré a buscarlo. Al contrario que Douala, Yaoundé es una ciudad bastante segura, pero de todas formas nunca se sabe.

Echó a reír y su torso se estremeció, pero sin que ningún sonido saliera de sus labios de negro.

La mirada de William se dirigió hacia el sol abrasador, que se ponía tras las copas de los árboles y los grupos de negros que caminaban sin rumbo por el borde de la carretera, con machetes colgando de sus manos cansadas.

Aparte de los minitaxis atiborrados, los velocísimos todoterreno y los rayados camiones con remolque que los adelantaban sin cesar con riesgo para la vida de todos, en la carretera solo había camiones desvencijados, cargados hasta los topes y con

los faros destrozados. Gran parte de las piezas de chatarra retorcida dispersas a lo largo del borde de la calzada reseca resultaban idénticas a los vehículos que circulaban por la carretera.

En aquel momento, William se sintió muy lejos de casa.

Tras elegir su menú con cuidado y atención, William se sentó en un rincón del salón-comedor, donde había una silla y un sofá forrados con una pesada tapicería de los años setenta, así como una mesa baja gastada sobre la que había ya dos vasos de cerveza empañados.

—Sí, cuando estoy aquí me las tomo de dos en dos —dijo el hombre corpulento que tenía al lado, en inglés—. La cerveza es tan floja que te sale por los poros en cuanto la bebes.

Y soltó una carcajada.

Señaló el collar del cuello de William, con colgantes de pequeñas máscaras tiznadas de negro.

—Veo que acabas de llegar a África. Parece que te has topado con algún vendedor de baratijas en el aeropuerto.

—No y sí —respondió William, asiendo el collar—. Acabo de llegar, pero esto lo tengo desde hace años. Aunque tienes razón, es africano, es verdad. Lo compré cuando fui a Kampala a inspeccionar un proyecto.

—Hombre, Kampala, una de las ciudades más interesantes de Uganda.

Levantó el vaso hacia William. A juzgar por su valija diplomática, debía de ser funcionario, como él.

William sacó su carpeta del maletín de cuero y la depositó en la mesa. Esta vez se trataba de cincuenta millones de coronas y de la manera de canalizarlos al proyecto Baka. Así que había un montón de papeles que inspeccionar, y una serie de preguntas que preparar. Por eso, abrió la carpeta de cartón y reunió todos los documentos en tres montones. Uno con las hojas de cálculo, otro con descripciones de proyectos y otro con correspondencia diversa, mensajes de sms y de correo electrónico.

Había traído hasta el post-it amarillo con el mensaje del sms de Louis Fon.

—¿Te importa que trabaje aquí un rato? Es que en mi habitación no hay escritorio.

Su vecino asintió amablemente con la cabeza.

—¿Danés? —le preguntó, señalando el logotipo del Ministerio de Asuntos Exteriores de uno de los documentos.

—Sí. ¿Y tú?

—Estocolmo —respondió extendiendo la mano, y se pasó al sueco.

—¿Tu primera vez en Camerún?

William hizo un gesto afirmativo.

—Pues bienvenido —dijo el sueco, empujando hacia él el vaso de sobra—. Has de saber que aquí, en Camerún, no hay nada a lo que te acostumbres del todo. Salud.

Alzaron los vasos; el sueco vació el suyo de un trago y levantó a la vez su mano libre hacia el camarero para pedir otra ronda. En países cálidos encontrabas a empleados del Estado como él por todas partes, William lo sabía bien. Había visto cómo volvían de sus destinos algunos de sus colegas, con las fuerzas diezmadas tras su estancia allí.

—Vaya. Tal vez creas que soy adicto al alcohol, pero no lo soy —sostuvo el sueco, como si hubiera leído los pensamientos de William—. La verdad es que hago como si lo fuera.

Señaló con discreción hacia el sofá de otro rincón, donde había dos hombres negros vestidos de traje claro.

—Son de la empresa con la que tengo que negociar mañana. Ahora me están observando, y dentro de una hora enviarán un informe a su jefe. —Sonrió—. Pensarán que voy a aparecer en la reunión con resaca y no va ser el caso.

—¿Eres hombre de negocios?

—Algo así. Cierro contratos para Suecia. Soy controlador, y soy bueno.

Hizo una seña al camarero, que había llegado con otros dos vasos, y levantó el suyo hacia William.

—Así que ¡salud!

William trató en vano de seguir el ritmo de ingesta del sueco. Menos mal que él no tenía que mantener aquel juego. Su estómago no estaba preparado.

—Caramba. Veo que te ha llegado un mensaje en clave —comentó el sueco, apuntando al post-it amarillo con el sms de Louis Fon.

—Bueno, no estoy muy seguro. Es un sms de un colaborador que desapareció aquí hace una semana escasa.

—¿Un sms? —Lanzó una carcajada—. Te apuesto una caña a que lo descifro en menos de diez minutos.

William frunció el ceño. ¿Descifrarlo? ¿A qué se refería?

El sueco tomó el papel, colocó un papel en blanco frente a sí, sacó del bolsillo su móvil Nokia y lo puso al lado.

—No es un código, si es lo que piensas —dijo William—. No nos ocupamos de esas cosas en el ministerio. Pero, francamente, tampoco sabemos por qué y cómo está escrito el sms, ni por qué tiene ese aspecto.

—Bien. ¿Está escrito en circunstancias difíciles, tal vez?

—Tal vez. No podemos preguntarle al hombre. Ya te he dicho que ha desaparecido.

Entonces el sueco llevó su pluma al papel y escribió:

«Cfqqughthondae(s+1)la(i+1)ddddddvdlogdmdntdja».

Debajo de cada letra escribió otra letra mientras miraba al móvil.

Unos minutos después, dirigió la mirada hacia William.

—Bueno, vamos a suponer que el sms está escrito en circunstancias difíciles, como he dicho. A oscuras, por ejemplo. Ya sabes que en el teclado de un móvil cada tecla representa varias letras. La tecla número 3, por ejemplo, tiene las letras D, E y F. Si aprietas una vez, sale la D, si dos, la E, y si tres, la F. Si sigues pulsando más allá de las letras a las que va asociada la tecla, se escriben mayúsculas u otros signos. También puede pasar que aprietes la tecla equivocada, por lo general la de arriba o la de abajo, lo que, claro está, nos da un montón de posibilidades de combinación. Pero ya he probado esto antes, es divertido. ¿Empiezas a cronometrar a partir de ahora?

No parecía muy fácil, pero cuando resultó que la primera palabra, «Cfqqughthon», podía componerse de una C, después una tercera tecla mal pulsada que debería haber sido la número seis, justo abajo, y después dos veces Q, que debería haber sido dos veces R, y después UPTION que estaba bien escrito, de pronto se encontraron con la palabra CORRUPTION.

William notó que se le arrugaba la frente.

«¡Corrupción!». Aquella palabra no estaba muy bien vista, que se diga.

Tras otro cuarto de hora, en el que William pidió dos rondas más, el sueco había resuelto el enigma.

—Sí, parece muy probable —dijo mientras examinaba sus notas. Luego tendió el papel a William.

—¿Ves lo que pone? «Corruption dans l'aide de developement Dja». —El sueco hizo un gesto afirmativo para sí—. No es un francés muy correcto, pero de todas formas se entiende «Corrupción en la ayuda al desarrollo de Dja». Estaba tirado. Facilísimo.

William sintió un escalofrío.

Miró alrededor. Los negros del rincón ¿a quién observaban con tanto detenimiento? ¿A él o al sueco? ¿O tal vez a otros?

Su mirada se posó en el papel mientras el sueco volvía a hacer señas al camarero.

«Fraude en la ayuda al desarrollo de Dja», le había escrito Louis Fon, y luego desapareció. Desde luego, saberlo no te hacía sentirte bien. Nada bien.

William miró por la ventana y trató de protegerse de la ne-grura infinita que había al otro lado de los cristales.

Lo había pensado antes, y ahora volvía a pensarlo.

En aquel momento estaba ciertamente lejos de casa.

Demasiado lejos.

—¿Qué me dices, Mbomo?

René Eriksen sintió que se le empapaban las axilas mientras se concentraba en la voz crepitante.

—Le digo que William Stark no estaba en el hotel esta mañana cuando he ido a buscarlo, y me acabo de enterar de que ha tomado el avión de vuelta.

—Joder, Mbomo, ¿cómo ha podido ocurrir? Era responsabilidad tuya.

René trató de concentrarse. El acuerdo era que Mbomo o alguno de sus sicarios pasara por el hotel a recoger a Stark aquella mañana, y ya no iba a oírse hablar más del asunto. Dónde y cómo había desaparecido Stark era algo secundario; lo importante era que no hubiera ninguna pista que condujera a ellos. Y ahora le decían que Stark estaba volviendo a Dinamarca. ¿Qué cojones había pasado? ¿Se había olido algo que los delatara?

En tal caso, era una catástrofe.

—¿Qué coño puede haber pasado desde ayer por la noche? ¿Puedes responderme a eso? Creía que tenías la situación bajo control, Mbomo. Stark debe de haber sospechado algo.

—No lo sé —respondió Mbomo, que no tenía ni idea de que René E. Eriksen llevaba los últimos días atormentado por haber enviado una persona a la muerte, y que en aquel momento había llegado al punto en que con sumo gusto justificaría cualquier acto que pudiera detener el desarrollo galopante de esa pesadilla.

Porque en la mente de René no había la menor duda de lo que debía ocurrir. No solo había que apartar a Mbomo Ziem del proyecto: había que apartarlo para siempre. A nadie del proyecto le convenía tener a un hombre como él haciendo chapuzas por todas partes. Alguien que sabía tanto y a la vez era tan inepto y tan torpe.

—Te llamaré luego, Mbomo. De momento, no te preocupes. Ve a casa y quédate allí. Luego te enviaré a alguien con instrucciones sobre qué hacer.

Y colgó.

A Mbomo iban a darle instrucciones hasta en el pasaporte.



La sede del consejo de administración de Karrebæk no era lo que se dice humilde. A juzgar por el mobiliario y la ubicación, uno podría pensar que se encontraba en la sede de una de las grandes entidades financieras del país, y cuando se observaba el aspecto del director del banco, Teis Snap, esa impresión no variaba gran cosa. Todo cuanto abarcaba la mirada era extravagante: mobiliario, aparatos y adornos. En aquella casa hacía tiempo que reinaba el consumismo.

—Tenemos al presidente del consejo de administración Jens Brage-Schmidt al teléfono, René. Ya sabes que navega en el mismo barco que nosotros.

Snap se volvió hacia un altavoz de nogal dispuesto sobre el impresionante escritorio.

—¿Nos oyes bien, Jens? —preguntó.

Se oyó la confirmación. La voz les llegaba algo aflautada, pero todavía autoritaria.

—Pues empecemos la reunión.

Se volvió hacia René.

—Siento tener que decirlo así, René —empezó Teis Snap—, pero después de haber hablado tú antes con Mbomo, Jens y yo hemos llegado a la conclusión de que la única solución al problema es parar los pies a William Stark con cualquier medio disponible, y que te encargues de que en el futuro el proyecto Baka nunca esté al alcance de nadie tan puntilloso como Stark.

—¿Parar los pies a Stark? —preguntó René con voz queda. Luego continuó—. ¿Os referís a aquí, en Dinamarca?

Aquello era lo que más escrúpulos le daba.

—Sí, en Dinamarca. Así ha de ser —continuó Teis Snap—. Estamos desactivando las bombas de relojería, parando los pies a Louis Fon, y pronto también a Mbomo Ziem y a William Stark; y a partir de ahí todo va a ir sobre ruedas. Los funcionarios del ministerio que hay en Yaoundé no dirán nada, son como una parte de todo esto. Y si en lo sucesivo recibes informes regulares de algún funcionario de allí que también esté dispuesto a hacerse pasar por Louis Fon durante algún tiempo y que en sus informes comunique a tu ministerio lo bien que va el proyecto,

todo parecerá estar en orden. Los proyectos africanos son así. Basta con tener alguna noticia positiva de vez en cuando. Joder, tampoco se puede esperar mucho más.

Oyó a Brage-Schmidt gruñir por el altavoz, y aunque René nunca había estado con él, había algo en su tono de voz que hacía que se lo imaginara como un hombre que llevara demasiados años tratando a la gente a coces, lejos de las fronteras danesas. Había cierta dureza en su modo de comenzar las frases. Como si diera una orden a la que nadie podía oponerse. Uno se imaginaba a un imperialista inglés o a un naviero con poder ilimitado. A René le habían contado que Brage-Schmidt llamaba «boy» a todos los asistentes que tuvo a lo largo de los años, y que si había alguien que conocía África, ese era él. Cónsul en un par de Estados del sur del continente durante varios años, hombre de negocios en África Central durante el doble de tiempo y, a menudo, con algún problema de reputación.

No, en la mente de René no había la menor duda de que debía de ser él el instigador de la idea de la estafa. Teis Snap le contó que, después de cierto tiempo importando con gran éxito madera tropical de los bosques de África Ecuatorial, reunió sus activos en el Karrebæk Bank y, con el paso de los años, se convirtió en el mayor accionista del banco. Por eso, no era de extrañar que protegiera su fortuna con uñas y dientes. René lo comprendía muy bien, pero de todas formas habían condenado a muerte a tres hombres por la estafa. René no entendía por qué no llegaba a protestar por eso y por los medios empleados.

Sacudió la cabeza. Por desgracia, el problema era que comprendía demasiado bien a aquella eminencia gris.

¿Qué otra cosa podían hacer?

—Sí —dijo el presidente del consejo de administración—. Es muy duro tener que tomar decisiones tan radicales, pero piensa en los puestos de trabajo que van a perderse, y en los pequeños ahorradores que van a perder su dinero si no intervenimos a tiempo. Por supuesto que es lamentable que también ese William Stark tenga que pagar por ello, pero así son las cosas a veces. Unos pocos deben sacrificarse por la mayoría, que se dice,

y dentro de unos años todo volverá a marchar bien. El banco es seguro y está consolidado, la sociedad sigue en marcha como antes, las inversiones continúan, los empleos se mantienen y los accionistas no sufren pérdidas. Y mientras tanto, René Eriksen, ¿quién crees que va a gastar energía en controlar si a los pigmeos de Dja les va bien con el proyecto agrícola? ¿Quién va a inspeccionar si el sistema escolar y las condiciones sanitarias han mejorado desde que se puso en marcha el proyecto? ¿Quién va a poder hacerlo, cuando los que lo comenzaron ya no se encuentran en este mundo? Pregunto.

Claro, ¿quién, aparte de mí?, pensó René, y dirigió la mirada hacia las altas ventanas con parteluces. ¿Significaría que él también se encontraba en la zona peligrosa?

Pero a él no iban a pillarlo desprevenido, de eso no le cabía la menor duda. Sabía cómo tratarlos, y gracias a Dios aún era capaz de mantener la mirada alerta las pocas veces que salía a la calle.

—Solo espero que sepáis lo que hacéis y que os lo guardéis para vosotros, porque no quiero volver a oír hablar de la cuestión, ¿está claro? —dijo después—. Y esperemos que William Stark no haya dejado la documentación de la estafa en la caja de algún banco, como he hecho yo.

Miró a Teis Snap y escuchó concentrado el susurro del altavoz de la mesa. ¿Se habían asustado? ¿Estaban alerta?

Al parecer, ni una cosa ni la otra.

—Bien —continuó—. Lo que decís es cierto. Quizá nadie note que los informes de Louis Fon no están escritos por él, pero ¿qué hacemos con la desaparición de William Stark? Saldrá en primera página de todos los periódicos, ¿no?

—Sí. ¿Y...?

La voz del presidente del consejo de administración del Karrebæk Bank se hizo algo más profunda.

—Mientras no puedan relacionarlo con nosotros, no pasa nada porque Stark esté desaparecido, ¿no? Tal como lo veo yo, viaja a África, no aparece a una cita concertada, vuelve a Dinamarca sin decir palabra y luego desaparece. ¿Eso no demuestra

cierta inestabilidad? ¿No podría pensarse que tal vez haya desaparecido de forma voluntaria? Es lo que creo yo.

Snap y René se miraron. El presidente del consejo de administración no había dicho ni palabra sobre los papeles de René en la caja del banco, así que no podía haber duda de que la confianza mutua seguía en pie, aunque algo tocada.

—Escucha, René Eriksen —continuó Brage-Schmidt—. En adelante va a ser como hemos planeado. Tú sigue encargándote de que cada año se envíen cincuenta millones a Camerún. Y después escribe un informe anual con un resumen de lo bien que van las cosas allí, basado en los informes del supuesto Louis Fon.

Snap tomó el relevo.

—Y como siempre, unas semanas más tarde, recibiremos en Karrebæk Bank de nuestros aliados en Yaoundé, mediante un «grupo inversor» de Curaçao, los millones que nuestra situación requiera.

Snap escribió unas comillas en el aire y continuó:

—Y el resto lo colocamos en acciones no cotizadas en nuestra caja de alquiler de Curaçao, como amortiguador ante acontecimientos imprevistos en el sector bancario. De esa manera, la cartera de valores del Karrebæk Bank cambia de manos poco a poco, a la vez que se amplía, pero en realidad controlamos todo, y nuestra cartera de valores aumenta cada año que pasa. Así que tenemos tres buenas razones para estar contentos, ¿estamos de acuerdo?

—Sí, «todos» estamos contentos.

Esta vez fue René quien acompañó la frase de unas comillas dibujadas en el aire.

—Todos menos Louis Fon, Mbomo y William...

Teis Snap lo interrumpió.

—Escucha, René. Deja de preocuparte por Mbomo y Fon. Cuando haya pasado cierto tiempo, damos a sus viudas un dinero para que sigan tirando. Las autoridades de allí están muy acostumbradas a que la gente desaparezca, así que no van a prestarle mucha atención. En cuanto a Stark, no tiene familia, ¿verdad?

René sacudió la cabeza.

—No, pero tiene una novia y una hijastra enferma.

Miró a Teis Snap a los ojos. Había esperado ver en ellos quizá algo de compasión, pero estaban fríos, indiferentes.

—Bien —se limitó a decir Snap—. Así que no tiene familia, solo dos personas sin vínculos con él. Las dos mujeres guardarán luto un tiempo, y luego la vida sigue. El tipo tampoco era tan interesante, ¿no, René?

René soltó el aire poco a poco. ¿Qué podía responder? Cuando se hablaba de William en pasado, ¿qué importancia podía tener lo interesante que pudiera ser Stark como persona?

Tal vez la tuviera.

El altavoz volvió a tomar el relevo. El presidente del consejo de administración no hizo ningún comentario ante las últimas frases; claro que ¿por qué había de hacerlo?

—En cuanto a los doscientos cincuenta millones, puede sostenerse con razón que es una especie de subsidio estatal a nuestra gestión bancaria, a la que contribuye el proyecto Baka. Y ¿no es acaso justo y razonable que el aparato estatal proteja las fructíferas empresas privadas de Dinamarca, como el Karrebæk Bank? Son empresas que dan empleo a la gente y contribuyen a mejorar la balanza de pagos y el nivel de vida. Y es que, de forma directa o indirecta, los engranajes se atascan si se hunden bancos buenos como el Karrebæk Bank, y no es eso lo que todos nosotros y el Gobierno buscamos ahora, ¿verdad?

En aquel momento René tenía la mente en otra parte. Si algo salía mal, los dos hombres que tenía delante estarían muy lejos en nada de tiempo, y él se quedaría solo para cargar con la responsabilidad y el castigo. Eso no debía suceder.

—Lo repito: lo que vayáis a hacer será sin mi conocimiento, ¿vale? No quiero saber más. Pero si tenéis que dar un paso tan drástico, quiero tener enseguida el portátil de Stark, ¿de acuerdo? Quién sabe los datos que puede esconder sobre ese proyecto.

—De acuerdo, por supuesto que te lo daremos. Y por supuesto que entiendo que te cueste comprenderlo todo, René, te conozco bien. Eres un hombre íntegro y decente. Pero piensa

en tu familia, ¿no? —lo apremió Snap—. Deja que Jens Brage-Schmidt y yo nos ocupemos de esto, y no te preocupes más. Nos pondremos en contacto con un intermediario acostumbrado a resolver ese tipo de problemas, que puede enviar a alguien al aeropuerto a recoger a William Stark. Mientras tanto, puedes alegrarte viendo que el valor de tus acciones sube cada día que pasa. Aún nos aguarda un futuro luminoso, René.